

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

Espontaneidad y reflexión en el pensamiento

TESIS

para optar el Grado de Doctor

AUTOR:

Zavala, Rodolfo A.

LIMA – PERÚ

1889

Tabla de contenido

Resumen	2
Espontaneidad reflexión en el pensamiento	3

Resumen

La espontaneidad es un principio de expansión, la reflexión es de retracción y ambas concurren al desarrollo de la inteligencia en la múltiple esfera de su desenvolvimiento con tan profunda y sencilla economía como la de las fuerzas centrales al determinar Eugenio eterno de los mundos en el seno del espacio.

¹Espontaneidad reflexión en el pensamiento

²Señor Decano

Señores

Hay en el desarrollo incesante del pensamiento una invariable tendencia hacia el principio, unidad hacia la Unidad Absoluta que deriva esencial y directamente de la naturaleza del pensamiento con la misma rigurosa precisión con la que se desprenden las unas de las otras, lo contrario de la gravedad en el orden físico, como que en último análisis esa tendencia no es otra cosa que la gravitación intelectual, siendo al mundo de las ideas lo que la ley física de aquel nombre al de los cuerpos su ley fundamental que todos los fenómenos del mundo físico acusan y la afirman la existencia de la Unidad Dinámica, todo lo del pensamiento encarnan y reflejan la Unidad Psicológica.

Pero esa unidad dulce con puntos de alambicadas abstracciones que, sacrificando medio mundo inteligible al otro medio, establece ya la atención del elemento alterno por interno reduciendo lo inteligible a mera forma de la intelección y realidad externa a una vasta fantasmagoría, ya inversamente, reduciendo todo al elemento externo al que depurado por una gestación tan laborioso como ficticia se le hace generar el principio externo en un engendro colectivo que hace imposible el pensamiento; ya en fin resumiendo, ambos términos en esa unidad quimérica por fortuna tan ficticia como monstruosa que consagra la identidad absoluta entre la idea o la sustancia por una parte y el ser por la otra y que termina por hacer de lo finito el eterno parásito^[h1] de lo infinito.

¹ Inicio de folio 240

² Inicio de folio 241

No; la unidad del pensamiento es real sirviendo, concreta, esencialmente activa fundamentalmente idéntica, susceptible de diversificarse en tan distintas manifestaciones cuantas son las expresiones de la inteligencia; capaz de asumir todas las formas del progreso; de reflejar todos los matices de la civilización, pero también, y bajo todas esas formas quedando el sello de su tipo primitivo, centro común de convergencia y reflexión para todas esas manifestaciones que, reasumiéndose las unas en las otras, constituyen nuevas entidades distintas entre sí pero referentes todas a los principios elementarios e irreductibles del pensamiento los que a su vez se unifican en el santuario de la personalidad, en el seno de la conciencia.

Allí encontramos palpitante, bajo la equívoca apariencia de la multiplicidad de los fenómenos internos, previamente reducidos a su triplicidad elementaria, la unidad substancial del pensamiento. Unidad tripartita y triplicidad que se resuelve en unidad, tales son las dos fases del hecho fundamental de la conciencia, magnífica síntesis del pensamiento que conociera en sí los elementos integrantes de la intelección, las combinaciones indispensables de la inteligibilidad y las manifestaciones posibles de lo inteligible y ese hecho de tan vital importancia se realiza íntegro a cada respiro de la existencia inteligente; ya se halle velado bajo la intuición rudimentaria del vulgo, ya se ostente en las brillantes abstracciones de la unidad de la especie, con una evidencia y eficacia a las que nada pueden añadir las otras ³ forzosas conclusiones de la Antropología pues mejor que todas ellas nos da a conocer y nos hace admirar respetuosas la dignidad de la especie en el más desvalido de sus miembros. Tan consolador resaltado lo es más aun por los corolarios que envuelve que por su significación inmediata porque si esta consagra la unidad de la especie y dignifica la personalidad, aquellos hacen de la conciencia un santuario de la divinidad de su estudio un culto y de la fe que le sustenta un himno de admiración a la inefable Providencia que supo conceder al más humilde labriego como al más empeinado filósofo los medios indispensables para la consecución del fin intelectual.

³ Inicio de folio 242

Pero ¿estamos seguros de no haber tomado la proyección de una sombra por un cuerpo determinado que en vez de reunir hechos garantizados por un verdadero análisis, no hayamos más que hacinado abstracciones, dominados sin quererlo ni sentirlo por el espíritu de sistema? Por que, seamos lógicos si hemos identificado en todos los individuos los elementos de la intelección, siendo lo inteligible de suyo idéntico en cada una de sus manifestaciones y existiendo entre ambos términos una selección de necesidad que es la que precisamente constituye el conocimiento es obvio que al percibir lo inteligible lo percibiríamos conforme a esa ley de relación necesaria, y como ésta tanto por su carácter de necesidad como por la inestabilidad de los términos que relaciona, tendría que ser siempre idéntica, no habría más que una sola intuición necesaria, común e invariable y entonces el error sería también necesario, común y permanente o imposible y en ambos casos se destruye del progreso y se tapa por su base la naturaleza humana la que es susceptible de error, pero de error diversificado, pudiendo evitarlo o rectificarlo.

Ante tan absurdas consecuencias, que no son tan únicas ni las peores, directamente generadas por la triple y absoluta identificación de los elementos del conocimiento es imposible avanzar en este paso resolver previamente lo monstruosa antinomia que encarnan felizmente ella es mas aparente que real y se desvanece ante las conclusiones del examen psicológico, como las mentidas formas de las sombras ante la deseada proyección de la luz que dedica confirmarlas en toda su verdad si alguna tuvieran.

Veamos, S.S., que la gran amplitud y mayor importancia del objeto de este estudio fue los límites que de suyo circunscriben esta clase de trabajos y que ha estrechado la costumbre, y más que todo, que el carácter meramente ilustrativo de ésta parte de nuestra tesis, no nos permita abordar su examen psicológico en toda su extensión, en todo su severa certitud y avidez de formas pero también con sus sólidos y fecundos resultados para alcanzar ese plácido descanso que sigue a la desaparición definitiva de las dudas y esa íntima indecible satisfacción que acompaña al espíritu al separar seguro en la verdad, único entre los goces que pueden apurarse sobre la tierra, que nos dé a

conocer y nos haga ambicionar otras superiores. Decimos no poder enfocar tan complicado análisis, pero las necesidades obliga por ello sin mencionar a la grata esperanza realizarlo cumplido su más propicia reacción a trabajar reacción hemos de consignar aquí solamente aquello que sea indispensable a nuestro propósito. No temáis, S.S., seremos breves.

⁴ Cuando descendentes al fondo de la conciencia para interrogarla en silencio sobre el misterioso secreto de su existencia la hayamos invariablemente constituida por una triplicidad elementaria que se resuelve en unidad sustancial.

Desde luego del hecho elementario del conocimiento es la percepción o sea la representación mental de un objeto determinado, acompañada indefectiblemente de la conciencia, de esa representación como referente a algo determinado y distinto de la representación misma, todo conocimiento supone pues algo que pueda percibirse y alguien a quien se refiere esa percepción, mejor, y para hablar técnicamente, todo conocimiento supone dos términos externos: sujeto y objeto.

Por otra parte, todo conocimiento supone el conocimiento rudimentario siquiera de nosotros mismos, porque sin conocer nos no tendríamos conciencia de nuestro conocimiento es lograrlo conocimiento imposible, más como no principiamos por buscarnos porque para ello sería necesario saber que existíamos, preciso es que nos hallemos sin buscarnos. Nuestra doble existencia moral y material es una serie de triunfos conquistados minutos por minuto en lucha permanente y continúa contra la acción de las fuerzas externas y enemigas del universo que nos rodea, el que obrando inmediatamente sobre nuestra parte material y por medio de esta sobre nuestra existencia intelectual y moral nos cerca, nos estrecha, nos limita de mil variados modos teniendo constantemente a absorbernos en la incesante y gigantesca generación fuerzas; perecieron diversos nos ataca y limita todo un sentido nosotros reaccionamos sobre él o

⁴ inicios de folio 243

por lo menos resistimos exitosamente a su acción. Así se entabla y propicia esa lucha en la que, alternativamente vencedores y vencidos, aprovechamos el momento de la victoria para enseñorearnos del universo vencido y volviendo contra el sus propios elementos, imprimirle ese testimonio de señorío el sello de nuestra personalidad rehaciéndole en cierto modo a nuestra imagen y semejanza.

En ésa lucha adquirimos el conocimiento claro, distinto, concreto, de nuestra propia existencia nos hayamos infraganti en el fragor del combate y sorprendidos al encontrarnos, suspendemos momentáneamente la lucha para contemplarnos y conocer nos mejor, y así, la dualidad permanente entre sujeto y el objeto del conocimiento se resuelve en la identidad del pensamiento que se contempla asimismo, entonces nos conocemos netamente porque percibiéndonos inmediatamente, nos apreciamos con exactitud, nos determinamos con precisión, y hallándonos esencialmente distintos y radicalmente opuestos a cuánto nos rodea exclamamos enfáticamente: yo. Pero determinar tan categóricamente nuestra existencia determinamos también la de todo cuánto nos rodea, como fundamentalmente distinto y necesariamente opuestos a la nuestra, por eso y en virtud de esa oposición necesaria, sustancial y permanente al yo, le llamamos no-yo.

Así percibimos al yo y al no-yo en una sola indivisible percepción de oposición radical y delimitación recíproca y como en ella los hallamos actuando incesantemente el uno y el otro, los conocemos no solo como substancias sino que también y principalmente como causas, más como se limitan y excluyen⁵..... no pueden ser sino substancias concluyentes y causas segundas que suponen necesariamente una substancia absoluta y una causa primera que limitando a estímulos, los explique y su propio antagonismo: lo finito supone lo infinito.

⁵ Inicio de folio 244

Tal es S.S., el hecho primero de la reflexión que encarna en una triple e indivisible percepción lo finito , lo infinito y las relaciones de lo finito a lo infinito, y como la ciencia humana en el apogeo de ese su desarrollo no ultrapasa los límites de lo finito y lo infinito, se sigue que todo desenvolvimiento ulterior del pensamiento se halla implícitamente comprendido en el primer acto de la reflexión.

La reflexión es la determinación libre por la que el espíritu reconcentrando su actividad la consagra exclusiva y persistentemente al examen del hecho fundamental de la conciencia.

La determinación libre que persiste y acompaña a la reflexión, es un acto complejo que comprende el esfuerzo de concentración de nuestra actividad y la persistencia de ese mismo esfuerzo para toda determinación libre, presupone la conciencia de un triple hecho: la de un poder determinante la de un objeto materia de esa determinación y la de la eficacia de ese poder atestiguada por la experiencia. Para determinarnos previamente como esferas de esa determinación que nos representamos el objeto de ella como conocido de antemano y que sepamos por experiencia que podemos producirla. Ygnoti nulla capito. Síguese de ahí que el primer acto reflexivo no puede ser el primer acto del pensamiento.

Efectivamente la reflexión principia por distinguir y toda distinción resuelve una negación pero como negación parcial por que la negación absoluta implicaría la destrucción del objeto limitado, más toda negación parcial supone necesariamente una afirmación total y preexistente aquí limita luego todo pensamiento distinto y negativo presupone uno anterior indistinto y positivo luego la reflexión se basa en un hecho preexistente.

La reflexión es por otra parte, una operación compleja. Reflexionar es observar, es analizar y componer, es abstraer y generalizar, es inducir y deducir, no hay producto de

reflexión que no se resuelva en alguna de esas operaciones o que no las comprenda todas, y todas suponen un fundamento anterior. El análisis requiere un objeto complejo e indistinto materia de un examen, la síntesis opera sobre los elementos preexistentes que han de integrarla; la abstracción y la generalización, verdadera química mental, sería imposible sin una percepción anterior que el suministre, a la primera el objeto concreto materia de sus análisis, y en estos, a la segunda, los elementos similares bases de su síntesis; la inducción, la deducción y el recuerdo, que constituye la memoria, no son más de modificaciones de una experiencia anterior; la inducción es una experiencia amplificada, la deducción una experiencia restringida y el recuerdo una experiencia removida.

Si, bajo cualquier punto de vista que se considere, el hecho de la reflexión suponen necesariamente un hecho preexistente y fundamental, es manifiesto que el pensamiento antes de manifestarse reflexivamente ha debido manifestarse de una manera espontánea y ⁶ así la reflexión es una experiencia esencialmente relograda que distingue, ilumina, desarrolla, pero no crea pues es que en aquella haya por lo menos como en esta, y que el hecho de la espontaneidad comprenda a la vez la triple percepción cuyo posterior desenvolvimiento observe todo el esfuerzo de la reflexión y como ésta, por otra parte, el abrazar el son más amplio desarrollo la ciencia entera de los conocimientos humanos, es obvio que en la espontaneidad no puede haber nada más ni nada menos que en la reflexión y que, como esto abraza a la vez lo finito y las relaciones de lo finito a lo infinito.

¡Pero qué, me diréis, nos habían ofrecido hechos concretos y la espontaneidad de que nos habláis no pasa de ser más que una inducción lógica! ¡Y que, os replicaría toda verdad de necesidad lógica no es una realidad necesaria! Pero no, no estamos reducidos a ese medio extremo de prueba, y el análisis psicológico va a confirmaros la realidad de la inducción lógica.

⁶ Inicio de folio 245

La existencia prehistórica del desarrollo intelectual se halla latente pero palpitante en el primer hecho de la vida analítica que sigue de cuna a la reflexión, porque el primer respiro de ésta es también el último aliento de la espontaneidad y ésta misteriosa e instantánea concomitancia se verifica íntegra en el seno de la conciencia la que nos refleja en una sola e indivisible percepción junto con el vívido destello del primer acto reflexivo, el vago resplandor del último hecho de la espontaneidad. Pues bien, en ese instante fugas en que la espontaneidad existía en la reflexión, en el seno de esa conciencia primitiva y a favor de la que no hay claridad que la ilumina descubrimos en una percepción oscura, confusa, indistinta, la síntesis rudimentaria base del desarrollo ulterior del pensamiento. Allí encontramos la inteligencia embrionaria aún, percibiendo débilmente al yo y al no yo en su limitación natural y en su confusa aspiración de salir del estrecho círculo de sus mutuas oposiciones, la sentimos gravitar instintivamente a la concepción vaga pero grandiosa de un primer principio de una causa común y separar en ella con plena seguridad y como todo conocimiento compone la conciencia y esta implica la personalidad en el curso del desarrollo espontáneo al pensamiento germina ya el sentimiento de muestra individualidad, sentimiento vago en su objeto e ilimitado en su energía como la conciencia que lo origina pero, como ella también, acompañado de creciente aspiración a fijarse en su objetos a determinarse en la acción.

Posteriormente, y en la madurez del desarrollo intelectual, el análisis descubre en el fondo de la conciencia las huellas indelebles de esas vagas y oscuras percepciones, y sea que las considere, con Platón, como recuerdos de una vida anterior, o con Descartes y Reid^[h2] como manifestaciones de un principio inmanente del alma, llamadas por el primero ideas innatas, e instintos intelectuales por el segundo, lo cierto es que no puede menos de constatar su existencia y de reconocer en ellas los testimonios indubitables de un desarrollo anterior del pensamiento, en esa vida primitiva en la que el alma se pone íntegra e indistintamente en cada una de sus manifestaciones, incluyendo apenas la realidad de los sueños de la imaginación ⁷naciente; resarciendo en la escasa percepción

⁷ Inicio de folio 246

del presente los vagos recuerdos del pasado pilas inciertas aspiraciones del porvenir, confundiendo su propia existencia con la del universo que le rodean, a quien anima y vivifica con la exuberancia de su propia vida.

Tal es S.S. el hecho de la manifestación espontánea del pensamiento es que desarrollándose en virtud de su propia energía, independientemente de la voluntad y ajeno por lo tanto a las leyes de la personalidad, nos da simultáneamente el conocimiento de nosotros mismos, del universo y el de Dios, en una percepción tan rudimentaria y confusa, que apenas si distingue las limitaciones y oposiciones naturales entre los primeros términos de esa síntesis comprensiva, y que en ella, la noción de lo infinito es más que un conocimiento definido, una vehemente y sublime sospecha, mas esa percepción va acompañada de una convicción inmediata, íntima, irresistible, inseparable de la percepción misma a la que íntegra y vivifica con ésa evidencia intuitiva en nada tiene de común con los laboriosos procedimientos de la inducción y de la deducción.

En efecto antes que el análisis haya distinguido en la complejidad de esa percepción fundamental sus diversos elementos, antes de haberlos separado y contrapuesto, antes que los procedimientos reflexivos de la abstracción y de la síntesis hayan referido los principios de la razón a una unidad superior, haciendo de ellos otras tantas manifestaciones de lo infinito, y antes en fin de la suspicacia de la reflexión haya puesto en duda la legitimidad del conocimiento, creemos firmemente en la realidad dual sujeto y del objeto del conocimiento en la existencia de los cuerpos tal cual nos lo presenta los sentidos, en nuestra propia existencia como nos dará a conocer el ejercicio simultáneo de la conciencia y la memoria y admitimos como inconcusos los principios de la razón suponiendo necesariamente a todo cuerpo en el espacio a todo acontecimiento en el tiempo y refiriendo irresistiblemente todo atributo a una sustancia, todo fenómeno a una causa. En vano la reflexión viene esfuerzo a poner a tela de juicio la realidad del existencia en teoría y la de nuestra identidad personal; la distinción entre sujeto y el objeto del conocimiento, entre la sustancia a los fenómenos, y a suscitar la especiosa cuestión de la legitimidad del conocimiento en vano porque jamás llega a hacer

prevalecer contra la eficacia invencible de las convicciones naturales, la más ligera duda, ni aún la metódica, viéndose condenada, con Descartes, a deducir la existencia de un modo de la existencia misma, fue empeñándose infructuosamente, con Kant, en sustituir por una especie de galvanismo la vida que se escapara bajo el escarpelo de su terrible crítica, al admitir por una infeliz aunque honrosa inconsecuencia y en nombre de una ficticia dualidad de la razón, los hechos desfigurados, que no destruidos, por su reciente y gigante esfuerzo. Y es, S.S., que la percepción instantánea de la verdad en el desarrollo espontáneo del pensamiento es una intuición íntima, es una verdadera inspiración de la divinidad, es la relación necesaria y permanente de Dios en la conciencia, por eso toda percepción intuitiva de la verdad, es también un acto de ⁸fe espontánea que destruye el escepticismo científico y hace imposible el ateísmo natural.

El hecho fundamental del pensamiento que no se revela la espontaneidad, de ella con más o menos lucidez en la más embrionaria como en la más desarrollada de las inteligencias. Allí donde bulle el pensamiento y por eso lo hecho de su existencia, allí le encontramos, íntegro e idéntico, ya se manifieste ingenuamente con los poéticos encantos de su sencillez primitiva, ya de revista la serenas y ostentosas formas de la ciencia evidenciando siempre la identidad del pensamiento, que es la identidad de la conciencia y la de la personalidad, en el más sabio como en el más ignorante de los individuos de cada generación y en la primera como en la última generación de la especie.

Pero tras la espontaneidad, viene la reflexión, que descomponiendo la síntesis primitiva resuelve su unidad fundamental en la más variada diversificación, haciendo surgir la diferencia del seno del mismo de la identidad y sustituyendo a la creencia invencible, a la afirmación absoluta, a la intuición pura de la verdad que caracteriza la percepción espontánea, la duda, la relación y el error.

⁸ Inicio de folio 247

Reflexionar es pensar con la memoria, es contemplar el pasado que la memoria actualiza en la conciencia, mas la mirada intelectual es tan limitada como la de la visión externa, como ella, en el vasto horizonte que descubre solo puede distinguir con claridad y conocer con exactitud, concentrando su atención en un solo objeto, y si[h3] a conocer con igual precisión todo el variado panorama que se extiende a su vista, preciso es que vaya considerando sucesivamente de todos los demás, por eso cuando la espontaneidad se resuelve en la reflexión, cuando ésta ha distinguido separado y contrapuesto los diversos elementos de la síntesis primitiva, tiene que analizar los aisladamente, y es cada uno de ellos de tan capital importancia, tan amplio en su extensión, tan rico en su desenvolvimiento, tan diversificado en su acción, que apenas si bastaría la vida entera para apreciarlo en todo su fecundo desarrollo y que el espíritu absoluto en su contemplación desdería[h4] los otros elementos, pero como no puede prescindir de ellos por completo, porque todos integran el hecho de la conciencia, en la ineludible necesidad de recomponer las síntesis primitiva, reconoce y acerca los elementos excluidos, pero solo como variante secundarias del que absorbiendo su atención ha cautivado su inteligencia; y de allí el error, hizo del exclusivismo sistemático, desnaturalizando el hecho fundamental de la conciencia.

El exclusivismo es el escollo de la reflexión, y como no siempre ha de dominar el mismo exclusivismo ni todas las inteligencias pueden incurrir en él bajo el mismo punto de vista, resulta que mientras las unas se absorben en la contemplación de uno de los elementos fundamentales de la conciencia, las otras se concretan a otro distinto y que la diferencia del exclusivismo engendra la diferencia en el error. Aún el caso de que varias inteligencias coincidan fundamentalmente en el mismo exclusivismo,⁹ como no todas tienen el mismo esfuerzo de abstracción, el mismo poder analítico, ni la misma inflexibilidad lógica, ni mucho menos la misma temeraria audacia para aceptar las últimas consecuencias, por monstruosas que sean, resulta que la variedad del exclusivismo en la reflexión, engendra necesariamente la diversificación del error, y

⁹ Inicio de folio 248

como en el curso del desarrollo intelectual de un mismo individuo se cambia más de una vez de punto de vista exclusivo, resulta en definitiva el error se diversifica prodigiosamente de generación a generación, de individuo a individuo y en el curso de la vida de un mismo individuo.

La deficiencia exclusivista de la reflexión engendra el error, pero como esa deficiencia no puede ser absoluta sin destruir el hecho de la conciencia, el error tiene que ser siempre relativo y limitado. El error es la falta de realidad objetiva en la percepción, y como la falta absoluta de realidad objetiva haría imposible la percepción, es evidente no sólo que el error absoluto es abordado sino que también es imposible el error puro, aunque sea relativo porque siendo el error la carencia de realidad objetiva en la percepción, es por sí solo ininteligible. Sólo existe pues el error relativo y si éste se abre paso en la inteligencia es a favor de alguna verdad ocultándose con su brillo y haciéndose aceptado por parte integrante de ella.

En el curso de la vida espontánea y primitiva del pensamiento y en ese instante verdaderamente crítico en que hallándonos sin habernos buscado, exclamamos básicamente: yo, tomamos posesión de nosotros mismos y por un solo acto de voluntad establecemos sobre nuestras facultades el señorío de la personalidad sin sospechar que pudiéramos serle alguna vez desconocidos o menoscabados, más bien pronto la experiencia nos demuestra que nuestra propia posesión es tan precaria como rápida fue la conquista, quien nuestras facultades sojuzgadas a/f. de abordar el irresistible sorpresa se revelan enérgicamente contra el yugo extraño de la voluntad, aspirando a recobrar genial independencia. Entonces llegamos a comprender que lo único que es verdaderamente nuestro es la voluntad; que nuestras demás facultades estando en nosotros, no son sin embargo nosotros, sino que al contrario y haciéndose instrumentos de las fuerzas externas, ellos también nos atacan nos estrechan y limitan, pero con mucha mayor energía sin tregua ni descanso amenazando destruir nuestro naciente

personalidad; y he ahí como, sorprendidos, hallamos en nosotros mismos otro no-yo, al verdadero no yo, que por su unión íntima y permanente al yo, origina una lucha tenaz e interesante en la que la personalidad, presintiendo que la derrota es la muerte, se impone la obligación de vencer porque siente necesidad de vivir, por más que el renacimiento perdurable de la lucha venga posteriormente a probarle presidencia para vivir, sólo vive para luchar.

La historia de esa lucha, cuyo teatro de la conciencia, es la historia de la personalidad en el curso entero de la vida. Ella después de hacernos asistir al nacimiento ¹⁰ del poder personal en el primer acto reflexivo, nos hace seguir paso a paso su fecundo y variado desarrollo por entre los triunfos y reveses, evidenciando como las causas de su grandeza o decadencia secundadas por un cúmulo de circunstancias accidentales, felices o desgraciadas, han generado tan lógica como históricamente su estado actual de, ya sea sólo el de un profundo abatimiento acompañado de tardíos reproches y letras postreros e infructuosos esfuerzos acá por degenerar en un penoso sentimiento de impotencia que incapacitándonos para gobernarnos a nosotros mismos nos entrega inermes a la acción de las fuerzas exteriores; ya sea el de esa enérgica actividad acompañada de la íntima satisfacción que origina el triunfo conquistado en larga impaciente prueba, y que se resuelve en un sentimiento de noble altivez al vernos dueños del mundo y señores de nosotros mismos; porque sentimiento de nuestro poder personal es también siempre el de nuestra dignidad y poderío

Entre esos términos externos del desarrollo del poder personal, existe una infinidad de grados en el imperio de la voluntad llega a imponer sobre nuestras facultades, y que varía de individuo a individuo y las diversas épocas de la vida de un mismo individuo ya porque no todos tienen la misma energía ni perseverancia de esfuerzo, ya porque no es imposible sojuzgar simultáneamente todas nuestras facultades sin argüir sobre todas ellas igual predominio; ya porque el imperio que llegamos a alcanzar sobre cualquiera de ellas no se ejerce perpetuamente y sin interrupción, ya sufrir, por una infinidad de

¹⁰ Inicio de folio 249

variantes provenientes de las predisposiciones de la educación, del medio social en que vivimos, de la profesión que ejercemos y de mil otras circunstancias incidentalmente determinantes.

El establecimiento del poder personal requiere de la dignidad de un doble esfuerzo, sustraer nuestra actividad a las influencias de los fenómenos que solicitándola simultáneamente la debilitan repartiéndosela y luego, concentrada su energía, aplicarla perseverantemente a un objeto determinado. Ese doble esfuerzo constituye la atención, fenómeno genérico que aplicado al estudio de los hechos externos se llama simplemente observación y que actuado sobre nuestra existencia externa toma el nombre de reflexión.

Hemos visto ya que la reflexión es esencialmente exclusivismo, que la eficacia de su poder analítico en el examen del hecho complejo de la conciencia se ejerce de una manera sucesiva, individual y excluyente, de modo que cuanto más intenso y permanente sea el esfuerzo de la reflexión sobre determinada facultad, tanto mayor es su prescindencia respecto de todas las demás las que abandonadas entonces a sí mismas, ejercita su actividad en virtud de su propia energía, conforme a los principios naturales de su desenvolvimiento sin intervención de la personalidad y con entera independencia de sus leyes y es independencia cuando se hace habitual opone tenaz resistencia al dominio del poder personal quienes disuelve vencerla, en ocasiones es impotente para sojuzgarla ¿necesitaría al caso citar nominalmente los ¹¹derechos históricos que asombraron al mundo con el brillo de su genio, esclavas impotentes de las más vergonzosas pasiones que adscribieron su gloria, y en el comercio diario de la vida no hallamos personas que habiendo adquirido singular predominio sobre su corazón, son incapaces de mayor esfuerzo intelectual y cuyo inteligencia es cerrada en estrecho círculo no ilustra ni fecunda sus virtudes? Y para citar ejemplos más próximos y manifiestos ¿quién de vosotros no conoce algunos de esos jóvenes cuya clara inteligencia apreciada excepcionalmente en los claustros escolares y que habiendo

¹¹ Inicio de folio 250

coronado sus estudios con singular éxito, arrastrados luego por la corriente positivista de la época abandonaron su carrera profesional para dedicarse al comercio o a la industria y en los que, poco a poco pero progresivamente, se ha visto decaer el esfuerzo intelectual, el brillo de la imaginación, la firmeza de la memoria, la lucidez del razonamiento, llegando a tal grado de degeneración intelectual que apenas, ni aún apenas, si se reconoce en ellos a los laureados de otros tiempos? Todo estudiante ha experimentado la gran facilidad de comprensión y la mayor firmeza de la memoria que requieren cuando estrechado por la proximidad de las pruebas escolares concentra decididamente su atención en el estudio y el penoso esfuerzo que le cuesta alcanzar análogos resultados, aunque en menor escala, al reanudar sus tareas después de acostumbrado al reposo intelectual de las vacaciones y a medida que estas hayan sido más o menos largas e inactivas.

En ocasiones la resistencia refractaria de nuestras facultades hace estéril la mayor guía de la voluntad. ¿Cuántas veces después de largos y empeñosos esfuerzos para aclarar una noción oscura se opone descubrir el vínculo sospechado entre ideas preconcebidas, no renunciamos a nuestro intento convencidos de impotencias y luego cuando olvidados de nuestro anterior propósito y entregados a muy distintas ocupaciones, absortos acaso en la contemplación del mundo exterior y cuando menos lo pensábamos, debí súbitamente en la inteligencia con nítida lucidez la idea que perseguimos con tan infructuoso anhelo, obligados a exclamar como Arquímedes: ¡Eureka, Eureka!

Otros veces el poder personal abandonada por completo la dirección de nuestras facultades intelectuales y entonces estas vagan sin concierto, de pensamiento en pensamiento, en ese soñar despierto que el vulgo llama castillos en el aire, fantástica correría que por el momento de lo maravilloso realiza el pensamiento en alas de la imaginación.

El mismo abandono del poder personal aunque en mayor escala constituye la actividad del pensamiento durante el sueño, porque si por el común no tenemos conciencia de esa

actividad o la tenemos tan vaga e incierta que no distinguimos en ella nada de determinado ni concreto y que apenas si le guardamos una confusa reminiscencia, en ocasiones y no raras pensamos durante el sueño con tanta claridad y precisión como en la vigilia, discurriendo con perfecta lógica desde el grave razonamiento hasta la del epigrama y la traviesa intensión del equívoco, todo con plena conciencia, y conservando de todo clara y distinta memoria. Que el poder personal no se ¹²ejerce diariamente durante el sueño pruébalo suficientemente el previo abandono, que para conciliarle hacemos de la dirección de nuestras facultades, especialmente cuando contrariados por rebelde insomnio necesitamos para dominarlo enérgico y perseverante esfuerzo de abstracción en la voluntad.

Los hechos que acabamos de enumerar prueban evidentemente que si pensamos cuando queremos pensar, pensamos también sin quererlo y aún cuando no quisiéramos pensar. De modo que aún cuando no nos preocupasen los conocimientos adquiridos anteriormente ni nos inquietásemos por adquirir alguno nuevo, aún cuando concentrásemos toda la energía del querer para inhibirnos el acceso al conocimiento dotados de una inteligencia para la actividad es el ser, puestos sin quererlo ni poderlo evitar en relación con el mundo exterior y testigos obligados de nuestras modificaciones internas, recibíamos de esas dos fuentes del conocimiento las ideas que de ellas se originan y al sentir confusa pero inequívocamente sus limitaciones necesarias y sus composiciones recíprocas nos elevaríamos a la concepción de un primer principio, de una causa común. Así se desarrolla la inteligencia en la espontaneidad realizando todas las funciones de la vida intelectual sin quererlo pero sin ignorarlo y siguiendo de inducción en inducción hasta llegar a la fijeza de principios y a la imposición de creencias, norman nuestra conducta y determinan nuestra condición.

Cierto que nada es más difícil y a primera vista hasta imposible, que examinar y describir el hecho de la espontaneidad, porque vago oscuro y fugitivo como es, no podemos tener su clara y distinta conciencia ni proyectar sobre él la luz de la reflexión

¹² Inicios de folio 251

porque reflexionar es destruirle, felizmente aunque confuso e instantáneo, se refleja necesariamente en la conciencia dejando allí su huella indeleble, como el rayo que cruza el espacio y que brillando apenas lo bastante para iluminar su paso se reproduce fielmente en la cámara oscura de la fotografía instantánea.

Por lo demás, la espontaneidad se manifiesta a cada instante en el curso ordinario de la vida sobre todo en los actos instintivos y habituales absorbiendo en su mayor parte el ejercicio de nuestra actividad ella domina casi exclusivamente en la primera edad y en la proveya senectud y de ahí la observación valga del que el anciano retrograda a la niñez; ella tiene la plenitud de la vida una esfera de acción mucho más amplia que la reflexión, que en cierto modo es contraria a nuestra naturaleza, ella en fin preside y gobierna el desarrollo intelectual y moral de la inmensa mayoría de la humanidad, y forma el fondo del carácter mujeril; por eso hallamos casi siempre en la mujer algo del candor de la niñez y mucho de su pueril curiosidad de sentimientos; algo de su vehemencia y mucho de su volubilidad.

No es pues la espontaneidad un hecho primitivo y único que expira en el primer acto reflexivo y para no volverse a presentar jamás y, menos aún una mera hipótesis necesaria para explicar la existencia prehistórica del pensamiento, sino que es un hecho real manifiesto y permanente que se reproduce incesantemente alternándose con la reflexión, cobrando como ésta sobre los sentidos la conciencia y la razón, abrazando como ella lo finito, lo infinito y las relaciones de lo finito a lo infinito, y dándonos su definitiva, idénticos resultados, con solo lado diferencias de que en la espontaneidad se nos presenta confundidos en una complejidad indistinta, así, como oscuros, confusos, y distintos, se nos presenta los objetos en el fondo de un panorama vagamente iluminado por las medias tintas de la luz crepuscular, mientras que en la reflexión se ostentan, claros, distintos, concretos, así, como correctamente perfilados discernimos los objetos bajo la inequívoca acción de la luz meridiana. La espontaneidad es un principio de expansión que, la reflexión lo es de retracción y ambos concurren al desarrollo de la inteligencia en la múltiple esfera de su desenvolvimiento con tan sencilla y profunda

economía como la de las fuerzas centrales al determinar el giro externo de los miembros en el seno del espacio es.

Lima, enero 17 de 1889

Rodolfo A. Zavala

V° B°

Lisson.